



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA X DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

09/VI/2024.

Muy apreciados hermanos:

Estos últimos domingos hemos tenido la oportunidad de celebrar las grandes solemnidades litúrgicas: Ascensión del Señor a los Cielos, Pentecostés, Santísima Trinidad, y El Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Hoy, estamos celebrando el X Domingo del Tiempo Ordinario. **¿Qué es el Tiempo Ordinario?** El tiempo ordinario se divide en dos partes. La primera ocurre entre la Navidad y la Cuaresma. La segunda parte ocurre entre los tiempos de Pascua y Adviento.

Se llama tiempo ordinario, porque **no celebramos algún misterio en particular de Cristo**, a diferencia de Navidad o Pascua, que celebramos el nacimiento y la resurrección de Jesús; pero no por esto es un tiempo inferior a los otros tiempos litúrgicos.

En el tiempo ordinario **celebramos la vida y las enseñanzas de Jesucristo, y lo que significa ser su discípulo misionero**. El nombre de este tiempo deriva de la palabra ordinal, que significa “contar”. Es llamado tiempo ordinario porque las semanas se nombran en orden numérico. En este ciclo litúrgico B se proclama el Evangelio según San Marcos.

El **color verde**, que lo podemos encontrar en todas las plantas y los árboles, simboliza la vida y la esperanza, y es este el color que se utiliza durante el transcurso del tiempo ordinario.

Observamos, en el Evangelio que acaba de ser proclamado, que Jesús no pasa desapercibido: lo seguía mucha gente. No se aísla. Está entre su pueblo. Sólo se retira para orar a su Padre y cuando dedica tiempo para instruir a los apóstoles, que continuarán su obra.

Al principio, eran multitudes quienes lo seguían. Poco a poco, va disminuyendo el número cuando Jesús, abiertamente, va enumerando las exigencias para ser discípulo suyo. Lamentablemente, algunos engañados por sus jefes se volverán contra él en la pasión del viernes santo, pero, a partir de Pentecostés, cuando viene el Espíritu Santo, multitudes se incorporarán en las comunidades cristianas y darán testimonio de él, incluso con sus propias vidas.

Dice San Marcos *“al enterarse su familia, vinieron a llevárselo porque decían que no estaba en sus cabales”*. A sus paisanos, que lo habían conocido durante 30 años, en el taller de Nazaret, les costaba aceptar la nueva forma de actuar de Jesús. **¿Y qué de raro estaba actuando Jesús?**

Jesús, prácticamente, **abandonó su familia, dejó la tranquilidad del hogar de Nazaret, su trabajo y su pueblo Nazaret**. Y ahora, como él mismo

afirmó: “no tiene dónde reclinar la cabeza” (Lc 9, 58), viaja sin dinero, sin armas, y ni siquiera tenía un doble vestido de cambio (Mt 10, 10). Y eso no lo comprendía la gente. Pasa algo semejante hoy. Muchas personas no llegan a entender cómo un sacerdote puede entregarse totalmente a Jesús y al pueblo de Dios, renunciando a tener una propia familia, viviendo de manera desprendida, aceptando con alegría los cambios de destinos pastorales y dispuesto a servir las 24 horas del día.

La predicación de Jesús choca tremendamente, contra la forma de pensar de la gente de su tiempo y de ahora. Afirma, en el sermón de la montaña, que los pobres (y no los ricos), los que lloran, los mansos, los que son perseguidos, son bienaventurados, son felices y ellos heredarán el reino de los cielos. Predica el perdón e invita a superar la ley del talión; manda amar a los enemigos y a rezar por ellos. Como en tiempo de Jesús, hoy, cuando se predica de la misma manera se estigmatiza a las personas de fanáticas y radicales. Eso no lo puede, en fin, predicar una persona equilibrada, dicen algunos.

Jesús **es un hombre de una sola pieza**, no hay en él hipocresía y no se doblega ante los poderosos y los gobernantes. Dice el evangelista que hablaba “con autoridad”. Él podría repetir lo que el sabio Diógenes respondió a un empleado del palacio del rey, que le decía: “*si supieras ser hipócrita con los que gobiernan, no tendría que vivir en medio de tanta pobreza*”. Y el filósofo, le respondió: “*si supieras vivir en medio de privaciones y pobreza no tendrías que dedicarte a ser hipócrita con los que gobiernan*”. Jesús actuó con total libertad e independencia, con tal de no limitar su predicación por los caprichosos de los poderosos. Así lo dijo: “*Digan sí cuando es sí, y no cuando es no; cualquier otra cosa que se le añada, viene del demonio*” (Mt 5, 37).

Jesús **eligió a sus amigos entre la gente humilde**, pecadores públicos, recaudadores de impuestos, en vez de buscarlo entre los ricos, los de conducta irreprochable y los que tenían influencia en la sociedad. Todo esto parecía anormal.

Todo ello, sus familiares no lo entendían. Y los letrados, por su mala intención y la envidia que le tenían, afirmaban que Jesús “*tiene dentro el demonio y actúa con el poder del jefe de los demonios*”. Jesús les habla con claridad y pone en evidencia lo irrazonable de su acusación, pues “*si Satanás se rebela contra sí mismo para hacerse guerra, no puede subsistir*”, está perdido y esto sería algo absurdo.

Y nos advirtió que abriéramos nuestro corazón a la gracia de Dios, a través del arrepentimiento y tuviéramos cuidado con el único pecado que no puede ser perdonado: el pecado contra el Espíritu Santo.

¿Acaso la misericordia de Dios no es infinita? ¿Por qué Jesús dice: ‘el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón’? **¿Quién blasfema contra el Espíritu Santo?**


Peca contra el Espíritu Santo, la persona que **se cierra al llamado de Dios a la conversión, el que endurece el corazón, quien no se reconoce pecador** y, por ende, cree no necesitar de un salvador. Por eso, constantemente,


debemos repetir “*concédeme la alegría de la salvación*”, un corazón contrito y humillado, Dios nunca lo rechaza” (Sal 50).

Cometen este pecado las personas que tienen una **conciencia escrupulosa**, que se consideran indignas de recibir el perdón de Dios; que creen que ya están condenadas y sus esfuerzos por mejorar son inútiles. También cometen ese pecado, las personas que tienen una **conciencia laxa**, las cuales afirman que no necesitan arrepentirse, ni convertirse, pues Dios es infinita misericordia y no necesita nuestro arrepentimiento.

Se cuenta que un santo se encontró con Satanás y le dijo: “arrepíentete y pide perdón a Dios y deja de cometer tus maldades”. Y Satanás le respondió: “Si fuera capaz de arrepentimiento y de pedir perdón dejaría de ser Satanás. Pero por no poder arrepentirme, por eso jamás se me perdonan las maldades”.

Queridos hermanos, pidamos al Señor siempre que nos conceda la gracia del arrepentimiento, que nos dé la humildad de acudir al sacramento de la confesión a fin de decir como el salmista: “*Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces...Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso...Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme...*” (Sal 50). Así sea.

+ 
*Ángel Francisco Caraballo Fernández
Obispo de Caimas



Prot. 2024/132